

EL PROCESO DE LAS RATIFICACIONES

F RESCA todavía la tinta de las firmas del Palacio Real de Madrid ha empezado en seguida la llamada cuenta atrás del proceso de ratificaciones parlamentarias del tratado entre los «Diez» y los dos nuevos adherentes a la CEE de junio del 85. Es muy importante para todos, pero más señaladamente para nuestro país, que ese proceso se concluya antes de final de año, de modo que en enero la Comunidad a doce sea una plena realidad política y legal.



ANTONIO
FONTÁN

Cualquier demora causaría un perjuicio más grave y más difícilmente reversible para el conjunto de la economía española que en los casos de nuestros socios. España pertenece a ese comprometido escalón de las potencias de grado medio, que son más sensibles a las incertidumbres y a las agitaciones sobrevenidas. Nuestra economía, tan descapitalizada —y no porque haya perdido un capital que nunca existió—, tiende con facilidad a una situación de equilibrio inestable. Países más industrializados y poblados, como los cuatro grandes de la Comunidad, se asientan sobre unas bases más consolidadas. Otros Estados menores pueden experimentar sacudidas que no afectan al conjunto. España, en cambio, necesita estar bien atornillada en las Comunidades, y éstas, a su vez, verían perturbado su funcionamiento si se vieran obligadas a iniciar el año sin nosotros y luego irrumpimos por sorpresa.

Por eso ha hecho bien el presidente del Gobierno en dar principio a la ronda europea nada más suscribir el acuerdo. Porque el tiempo es corto. Empezado ya el verano apenas quedan más que unos meses parlamentarios útiles en casi todos los países comunitarios.

E N Portugal, además, es casi inevitable que haya elecciones. La Asamblea parlamentaria que salga de ellas será favorable a la ratificación por muy amplia mayoría, pero así como esa eventual votación, en principio, no ofrecería duda, no es seguro que suceda igual con la confianza parlamentaria a un Gobierno en Lisboa. Nadie va a obtener mayoría absoluta en la Asamblea, y el problema será formar un Gabinete con respaldo suficiente para durar el tiempo de tramitar la ratificación del tratado.

En Bélgica también habrá elecciones, y los plazos de que dispondrán las Cámaras serán cortísimos. En Italia, donde las votaciones son para la presidencia de la República, no van a afectar a nuestro problema más que en la medida en que las gestiones y el resultado puedan alterar la estructura de la «mayoría» o el estilo de las relaciones entre los partidos que la forman. En Francia, la Cámara Baja, de mayoría socialista, hará honor a la firma del primer ministro, Fabius, pero el Senado, que también dará su sí, no perderá la

oportunidad de recordar al Gobierno que si tiene votos suficientes en el Palais Bourbon es, sin embargo, minoritario en la opinión pública de la nación. Quizá sean Inglaterra, Alemania, Irlanda y Luxemburgo los lugares desde donde no hay que esperar sorpresas. Porque en Dinamarca las mayorías no están nunca claras, en Holanda son muy lentos y muy OTAN, y el señor Papandreu es capaz de hacer una pirueta en la punta de un sable con tal de llamar la atención.

P ERO existen otras cuestiones, tanto de política exterior como interior, a las que el Gobierno español tiene que prestar atención para que se cumplan sus razonables (y deseables) previsiones de acabar en el año. Hay, por lo menos, ocho Estados que pedirán, oficial u oficiosamente, ciertas garantías sobre la permanencia de España en la OTAN: no sólo porque así se lo sugiera el «big brother», sino por propia iniciativa y por su propio y particular interés. También tienen que demostrar los socialistas que cuentan con una mayoría de apoyo en la opinión electoral española, que si no llega a los diez millones del 82, por lo menos es una holgada minoría mayoritaria. Y mientras se está ratificando el tratado, el PSOE va a estar perdiendo aparatosamente las elecciones regionales de Galicia, y con un par de movimientos de huelga como el del mes de junio, puede dar la impresión de que no dispone del respaldo de los trabajadores. Huelgas como esa no han sido, ciertamente, ningún éxito para los organizadores. Pero como éstos no han cesado de proclamarlo, y la credibilidad del Gobierno no está en su punto más alto, hay varios millones de españoles que piensan que la huelga fue un fracaso en su ciudad, pero se debió notar mucho en las demás.